

esbeltos pilares formados de haces de junquillos para disimular su solidez bajo su aparente ligereza; la altura de las naves *que hace necesarios los contrafuertes exteriores*, que por fuera parecen un adorno extraño, y sirven para contener y repartir los empujes; las complicadas bóvedas seccionadas en cascós triangulares, sostenidos por fuertes nervios que se juntan en una clave central, florida o blasonada; los rasgados ventanales, tan bien avenidos con sus vidrieras historiadas de colores; el rosetón calado, que corona la puerta del Crucero del Mediodía; y, en fin, esa misma portada de los Apóstoles, con su serie de arcos ojivales, festoneados de santos y de doseletes, en decreciente gradación, todo ello es característico del gótico del siglo XIV al siglo XV.

Nuestra Catedral, para catedral gótica, es pequeña y pobre; hemos de confesarlo. Tiene sólo tres naves, cuando la de Toledo tiene cinco, y la de Sevilla tiene siete; su Trascoro, parece mezquino, comparado con la de cualquiera de esas dos; la elevación de sus naves, en parangón con la de aquellas, resulta de poco atrevimiento; su exornación raya casi en lo humilde; se reduce a algún festón de hojarasca, y a unos franjones en lo alto de los *machos* o pilastras, junto al arranque de las bóvedas. Notad que en esos adornos el motivo ornamental es la ortiga y el cardo silvestre, cuyas hojas y macollas no se copian con fidelidad naturalista.

Pues tal motivo, desarrollado con más o menos variedad y riqueza, caracteriza también el arte gótico. Nuestra vieja Catedral no se distingue por ningún lujo decorativo; lo más historiado de ella son las dos series de pequeñas capillas de cerramiento de ambos lados del Coro con su graciosa crestería y sus arcos conopiales flanqueados de estatuillas hieráticas sobre ménsulas de bichos raros, que simbolizan las vencidas pasiones, y coronados por doseletes de pináculos floridos.

Cierto que a compensar esa modestia general de

